

JUAN MONTALVO

A LOS
GUAYAQUILEÑOS

OCTUBRE 9 DE 1949

Guayaquil, 7 de Septiembre de 1876.

Los días en que los pueblos hacen esas manifestaciones grandes y ruidosas donde sale resonando de mil pechos este vocablo santo: «¡Libertad! ¡libertad!» son días de la patria: días luminosos, propicios, señalados en el calendario de las naciones como el equinoccio que hace temblar a los tiranos, subiendo desmedidamente la temperatura de las pasiones que vuelve ilustres y felices a los pueblos. Las pasiones no son móviles perniciosos, ni obstáculos para el bien general; las pasiones son la electricidad de la sociedad humana, sin la cual todo sería muerte, por cuanto el calor es la vida del mundo. Amor a la libertad, odio por el despotismo y la tiranía, anhelo por la civilización, todas estas cosas amables y sonoras son las pasiones, sin las cuales no tenemos sino movimientos físicos, que harto nos aseme-

jan a cuerpos sin alma que se mueven como por vía de maquinaria; ese mecanismo tenebroso cuyos resortes conoce el verdugo, y los juega hábilmente en las entrañas de la noche. Las pasiones elevadas, nobles, cuyo fundamento es la virtud, cuyo objeto es el bien del género humano, han de fermentar de continuo en el pecho de los ciudadanos que tienen en algo la importancia del individuo y el decoro de la comunidad. Pueblo sin pasiones ardientes, pueblo esclavo: el fuego es elemento de la libertad; la servidumbre nace del hielo, y con todo es cosa negra, corrompida que apesta al universo. Pueblos, sed apasionados, y viviréis a semejanza del Criador, o moriréis por las grandes ideas y la honra de la patria. Ni Dios gusta del reposo, dicen los poetas; sale a la bóveda celeste; y vuela rompiendo el aire en su carro resonante: se prende de súbito en el horizonte, e ilumina un hemisferio con esa encendida rápida que desumba y aterra: levanta las aguas de los mares, y está bramando sublime donde nadie le ve, como el genio del abismo. El movimiento es la vida:

ley de la naturaleza. Las aves que vuelan sobre el Mar Muerto caen sin sentido en sus aguas espesas. Pueblos, moveos, moveos de continuo, si no queréis exhalar esos miasmas envenenados que matan a las aves del Mar Muerto. El movimiento es indispensable para la vida; corren los ríos, corren los vientos; los astros mismos no se detienen un instante, y unos al rededor de otros están formando eternamente ese embolismo grandioso que es el orden perpetuo de la creación. Pueblos, moveos, moveos de continuo a fin de que seáis fuertes en vuestra carrera, y los opresores no os detengan con el dedo la gran rueda en que vais girando y adelantando hacia la perfectibilidad humana. La inteligencia dormida, la mala fe de los hombres aviesos, el error de los pensadores de las sombras, los fines siniestros de los inicuos, los engaños de los pérvidos, los embustes de los indignos tienen por objeto contener a los pueblos que se van camino de la civilización con más ímpetu y acierto del que conviene a sus enemigos. Sus enemigos son los que sacan provecho de la ig-

norancia; los que se engordan con el aniquilamiento de sus semejantes; los que brillan con resplandores fatuos, al paso que fomentan las tinieblas; los que le ponen redes; los que le sorprenden con imposturas; los que llaman paz la servidumbre, orden la tiranía, progreso el olvido de los principios, religión el provecho personal, amor el odio oculto, patriotismo la codicia; todos éstos son enemigos del pueblo; y cuando el pueblo señala el día de la libertad, el gran día de la redención verdadera, alta y pura, ve sin obstáculo, juzga sin error, obra con tino y grandeza. Los pueblos que se mueven no se corrompen; los que empiezan a moverse, quieren purificarse y correr grandes y majestuosos, a semejanza de los ríos que van hacia los mares frescos y llenos de vida. Pueblo ecuatoriano, el dique de bronce que os había quitado el movimiento, se rompió; y no corréis todavía, ¿cómo es esto? ¿Vuestras aguas se han cuajado de puro espesas y negras? Soltaos, moveos, seguid, correde grande y sublime por el campo de la libertad y la civilización. Vosotros, guayaquile-

ños, pueblo de valientes, cuyas páginas son de oro en el libro de la patria, habéis dado ya un impulso poderoso al movimiento con que ha de salir la República de esta inercia que la infama. Mil, dos mil, cuatro mil ciudadanos reunidos en una casa, una calle, son el trueno que precede a la tormenta. Cuando de millares de bocas sale a un mismo tiempo esta palabra: ¡Libertad! preciso es que ese pueblo sea libre y grande. Guayaquileños, pueblo de valientes, sed también pueblo de experimentados, de avisados. Los pueblos torpes son tan despreciables como los cobardes: vosotros, guayaquileños, que no sois ni torpes ni cobardes, haced de modo que vuestra obra sea digna de un pueblo sabio. No quiero hablar de mí, porque mi modesta persona desaparece atrás de esta noble figura que tarde o temprano hemos de poner de pie: la Libertad. La gran demostración que acabáis de hacer, no es al individuo, al escritor simplemente; es al campeón de los derechos de los pueblos, al oficial de la civilización, a la víctima inquebrantable de la tiranía. Os doy las gra-

cias, no a mi nombre, sino a nombre de la patria. Repitamos el grito sublime que antenoche llenaba los ámbitos del Guayas: ¡Libertad! ¡libertad!

JUAN MONTALVO



EDICION DEL I. CONCEJO MU-
NICIPAL DE AMBATO, EN HO-
MENAJE A GUAYAQUIL, EN EL
9 DE OCTUBRE DE 1949.



IMPRENTA MUNICIPAL — AMBATO